

Cuentos Infantiles



FORIA
OP

Bernardo H. Ruiz Cucull

CUENTOS INFANTILES

016
6-10-65
1-1-1

BERNARDO H. RUIZ CUCULLU

CUENTOS INFANTILES



(19)

120 X 180

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD. Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEL MISMO AUTOR:



María Teresa, novela.

Tres novelas cortas.

EN PREPARACION:

Las rosas de tu jardín, poema.

Recuerdos, crónicas de viaje.

Stella Maris, novela.

PROLOGO

La literatura infantil es uno de los géneros más difíciles.

En el cuento para niños, la compleja psicología de su alma, debe desarrollarse en toda su extensión.

El amor a los padres, hermanos o maestros, es el eje central de sus sentimientos.

El amor a la naturaleza arraigado en su imaginación, hay que cultivarlo y al mismo tiempo inculcarles en su tierno corazón, que ahí está plasmada la obra grandiosa de Dios.

Que a la Patria hay que amarla y muy intensamente, pues la nacionalidad ha costado grandes sacrificios a sus próceres. Hacerles ver cómo una mala acción acarrea el castigo, no porque Dios es malo, sino porque nosotros mismos, producimos la desgracia. En una palabra: deleitarlos, educándoles.

Siempre la Verdad, y explicarles los hechos que por su poca experiencia, no comprenden.

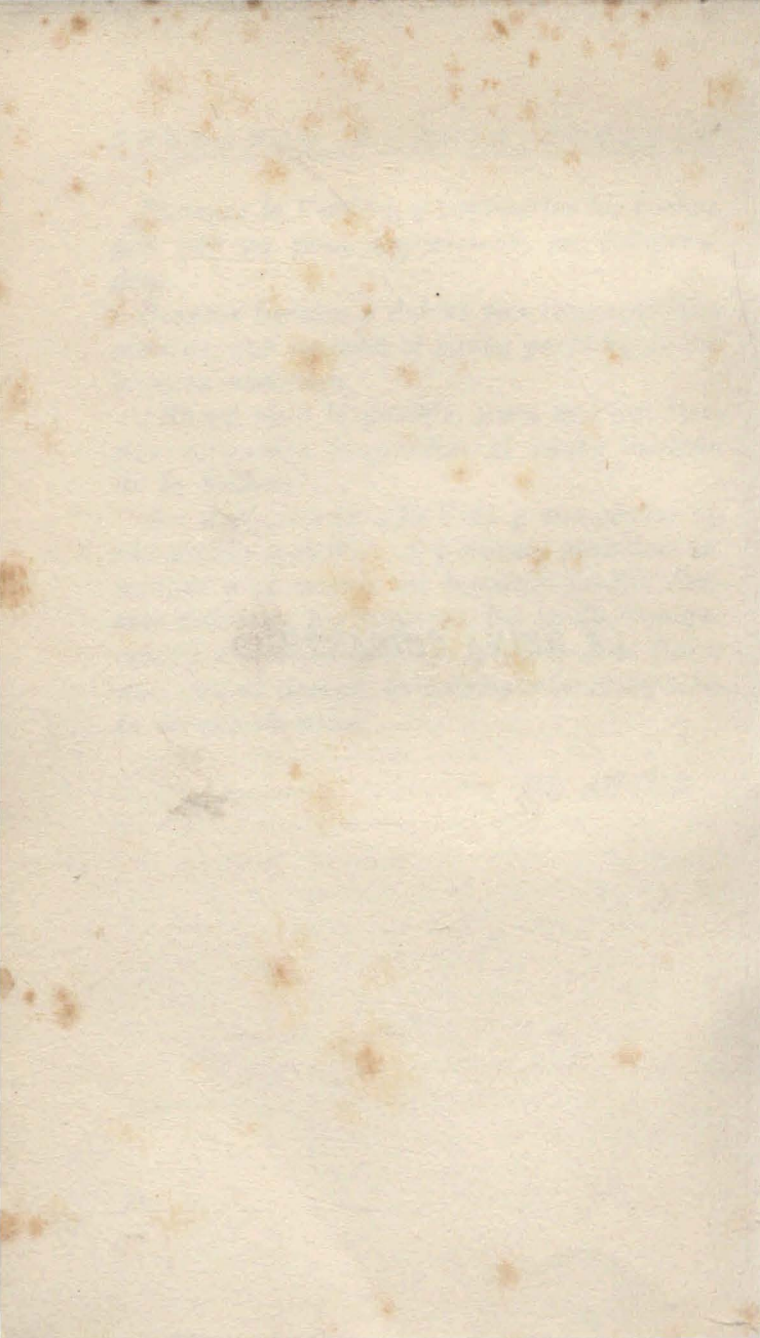
Seamos buenos y dulces con esas cándidas almitas, que emanan el suave perfume de las blancas azucenas.

¡Haced todo lo posible, para que sus tiernos corazones respondan al canto sublime de la Belleza!...

Así despertarán a la Vida y sus cantos serán dulces melodías, el porvenir será más luminoso y el mundo un inmenso jardín. Seamos nosotros, los mayores, los jardineros que cuiden con todo el amor posible esas flores que, con el tiempo, embalsamarán el ambiente en que vivimos.

EL AUTOR.

LA REINA CRISANTEMO



*En la mirada angelical de un
niño, encontraréis la verdadera
felicidad.*

La reina Crisantemo es la reina más chiquirritina y bonita que yo he conocido. Una preciosidad de reina; sólo os baste saber, que aún con tacones y todo no pasa de un metro su estatura. Una japonesita de verdad es la Reina Crisantemo, que vive en la pequeña isla de Iki, perteneciente al imperio Nipón.

Con ser tan chiquirritina y tan preciosísima y a pesar de que sus caudales, en oro y joyas, eran tan inmensos, que casi resultaba imposible calcular su valor; digo y afirmo, pues tal es lo cierto, que la Reina Crisantemo no era feliz. Y no era feliz, pues, no obs-

tante querer mucho al buen pastorcito Pituco y estando en esos días que comienzo esta narración para casarse con él, quería también mucho a sus súbditos, los habitantes de la isla de Iki, y éstos habían recibido una amenaza terrible de parte del gran bandido Prevolf, de invadir la isla, y si era necesario, hacerla volar junto con todos los ikinenses, por medio de un polvorín subterráneo.

Como todos los donjuanés, Prevolf quiso ensayar su lira para tratar de convencer a la bella Crisantemo, y así, una noche tachonada de brillantes estrellas, debajo de su ventana, le cantó estos versos, que a él le parecieron divinamente melodiosos:

Reina Crisantemo,
Reina Crisantemo,
Abre tu balcón,
Que rinde tus plantas
Un gran mosquetero
De capa y plumón.

Y la Reina Crisantemo, entreabriendo las celosías, pero sin dejarse ver, y con su voz de cristal, contestaba:

Ni siquiera puedo verte,
No puedo quererte,
Por feo y panzón.

Cuando el terrible bandido Prevolf, oyó las últimas palabras de la bellísima y diminuta Reina Crisantemo, lanzó un bufido que hizo temblar toda la isla de Iki como si hubiera sido un terremoto cual suelen experimentar esas volcánicas islas. Sus bigotes, que tenían varios metros de largo y se le enredaban por entre las piernas, se ondularon como en el bosque balancéanse los árboles impulsados por la brisa.

—Me las has de pagar, reina fatua y melindrosa — dijo, echando fuego por entre los huecos de los dientes que le faltaban. Este bandido tenía la propiedad de arrojar fuego a su antojo, y queriéndolo así, hubiera pulverizado a la preciosa Crisantemo como a una débil mariposa. Pero él deseaba una venganza más terrible, un sufrimiento más lento.

Como el bandido Prevolf, poseía un ejército numerosísimo, que le respondía ciegamente, luego de invadir la isla en un abordaje sangriento, se dirigió a marcha forzada hasta el suntuoso palacio de la reina Cri-

santemo, y agachándose, ya que su estatura era tres veces más alta que la ventana del último piso, miró en su interior, y vió a la bella Reina que estaba peinándose con un peine de oro, sus sedosos y rubios cabellos; introdujo rápidamente su brazo en la regia habitación, y tomándola con su grandota manasa, se la llevó debajo del brazo.

Cuando dió un grito, ya él corría velozmente, dejando tras de sus talones, el bullicio de los pequeños ikinenses que acudieron a defender a la reina.

Cuando los ikinenses se dieron cuenta de la fechoría del bandido Prevolf, éste con su numeroso ejército y la reina Crisantemo, se perdía entre el bosque umbrío en la postrema lumbre del crepúsculo. Rápidamente se dieron vuelta al ver lo imposible que resultaba dar alcance al bandido, dirigiéndose a lo del pastorcito Pituco, que era su jefe.

Al oír Pituco el rapto de su adorada Crisantemo, una ola de indignación bañó su rostro, y atento más a los hechos que a las palabras, desenvainó la espada que le había regalado su prometida para defender a los ikinenses, sus queridos súbditos, y, todos a una y a todo correr, dando alaridos tremendos se echaron camino abajo de la monta-

ña, para dar caza al audaz ladronzuelo de la reina indefensa.

A todo esto Prevolf había llegado con su bella dama tan villanamente robada, a su campamento, y una vez allí, preparó él mismo los festejos para celebrar su hazaña. Al día siguiente celebraríase el casamiento, y de esa manera sus deseos de ambición y codicia se colmarían, ya que desde ese momento al quedar dueño de la hermosa reina Crisantemo, lo sería también de la rica isla de Iki.

Las sombras fueron cubriendo los contornos de las carpas y de los arzones y carros del campamento de Prevolf; solamente un rayo de luna a ratos besaba el llano, y en la quietud de la noche las voces de los centinelas se escuchaba.

Entre tanto, los pobres ikinenses se perdieron en el bosque sin encontrar el rastro del bandido, y aguardaron la luminosa aurora para orientarse.



A las primeras luces del amanecer, en el campamento de Prevolf todo era movimiento y animación, y desde el jefe hasta el úl-

timo soldado se preparaban para el casamiento de aquél con la reina Crisantemo. Como Dios a veces mira por entre alguna nube rasgada, los acontecimientos de la mísera tierra, sucedió que al contemplar desde arriba las ardientes y dolorosas lágrimas de la bella reina, se compadeció de la pobrecilla y dióle ánimo para resistir a esta fechoría del bandido cómo no se lo hubiera imaginado quien hubiera visto su cuerpo del tamaño poco más grande una vara de nardo, y así sucedió que al enterarse Prevolf de sus negativas a su diabólico plan, con tal de tener su conformidad, aunque fuera a la fuerza, mandó inmediatamente que la ataran a un poste, y encendiendo hogueras a su alrededor esperaba su decisión. Cuando llegó el momento fatal la pobre Crisantemo, con un valor a toda prueba, se resignaba ante lo inevitable, y cerraba los ojos para no ver el horror de las lenguas de fuego, pero la Providencia se apiadó otra vez de ella a punto de que el mismo soldado que la martirizaba, entre roncería y embeleso, era el caso que trató de apartar las brasas lejos a fin de que no le hicieran daño, y al llegar la noche, desatándola de las ligaduras echó a correr con ella, no sin antes tener que matar con su

espada a dos o tres soldados que se interpusieron en su camino. Al claro de luna volaba con la preciosa carga este buen bandido, pues has de saber, caro lectorcito, que a pesar de ser bandido era bueno, como a veces debajo de dura piedra se oculta un regio diamante. Toda la noche viajó la hermosa reina en sus brazos, hasta que la rosada aurora rasgó las sombras y tan a tiempo, que el palacio real estaba a la vista. Como el vigía de la torre dió la voz de alarma, todos los ikinenses a una se dieron contra el soldado enemigo, pero éste sacando un pañuelo blanco y mostrando a la reina Crisantemo en alto, hizo cesar el fuego, a punto que a los pocos minutos todos sus súbditos la rodeaban, y mirándola de arriba abajo, se extrañaron sobremanera al verla sana y salva.

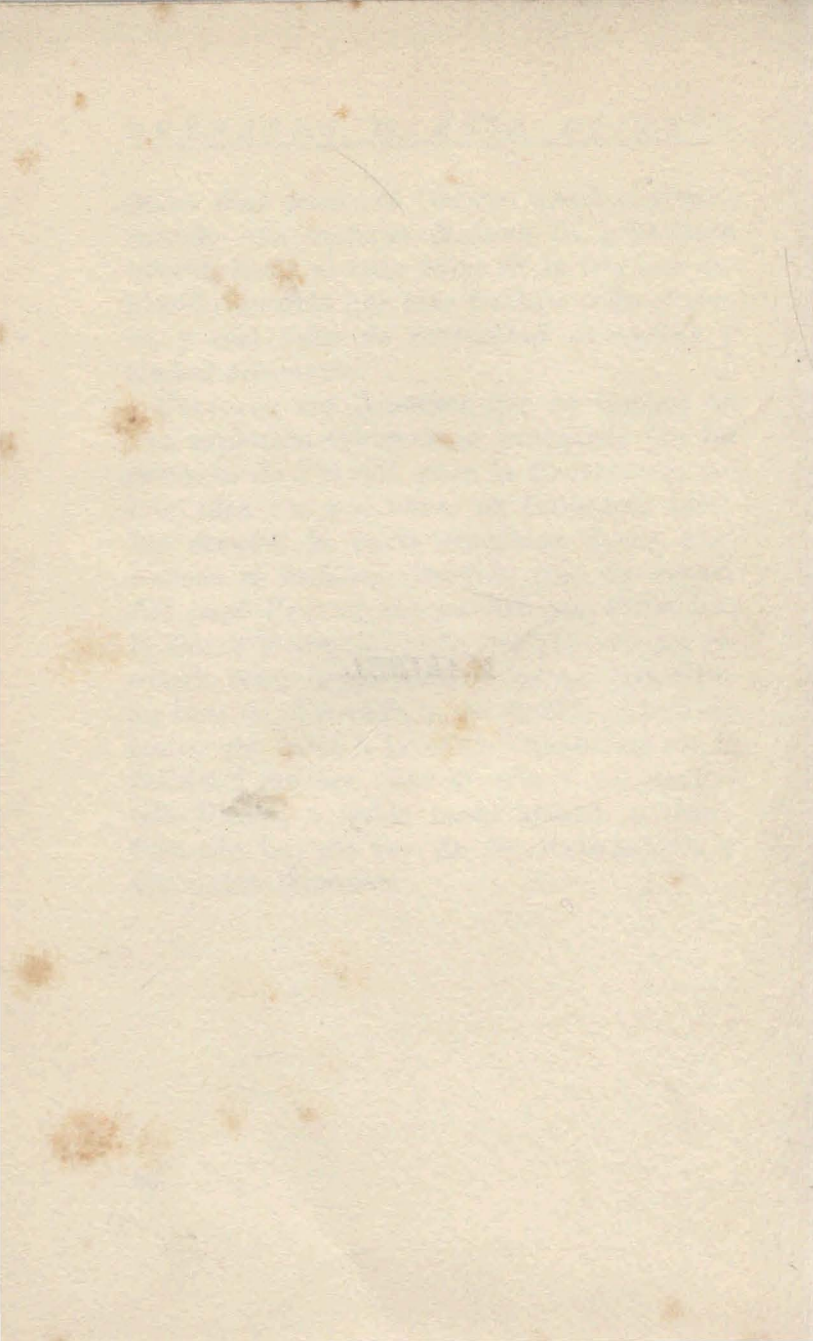
En seguida se aprontaron para la defensa, capitaneados por Pituco y el soldadote de Prevolf, que en adelante los protegería, ya que simpatizaba tanto con ellos y les salvó la reina de una muerte segura.

A pesar del recelo que tenían los ikinenses de una venganza terrible de parte del enemigo, fueron preparándose para el casamiento de la bellísima y diminuta reina Crisantemo con el pastorcito Pituco, y faltaban

pocos días para el magno acontecimiento, cuando una mañana diáfana de primavera oyeron hacia el lado norte de la isla una explosión terrible que hizo temblar todo el suelo, y casi hubo de derrumbar el castillo y ciudad adyacente.

Creyeron los ikinenses que se trataba de una explosión subterránea provocada por los secuaces de Prevolf, pero la Providencia velaba otra vez por ellos: un terremoto terrible sacudió la parte volcánica donde guarecíase el malvado bandido con los suyos. Así pagó Prevolf con su vida sus fechorías; la tierra lo sepultó para siempre, sin un recuerdo como dejan siempre los que han obrado bien en el mundo, y, en cambio el soldado bueno que salvó a la reina Crisantemo vió la felicidad muchos años de ella y del pastorcito Pituco, a quien tanto amaba, y transformado hoy en rey de los trabajadores y diminutos ikinenses.

MARIBEL



El niño de hoy, es el ciudadano de mañana.

Mucho frío hacía esa noche de invierno, y la nieve caía abundantemente, en copos muy blancos y suaves como el jazmín. A lo lejos se sentían los silbidos de un hombre que paseaba por la calle.

En el palacio que miraba sobre el jardín, la mamá de Maribel, viendo que ésta se recostaba sobre la mesa, entre sus bucles como el oro de su cabellera, tocó el timbre, apareciendo al momento la niñera, que la había criado con tanto cariño, y luego de desear las buenas noches y dar un beso a sus padres, se retiró conducida de la mano a su habitación, para descansar. Esa noche Maribel, tenía mucho sueño y mucho frío, así que en

cuanto la desvistieron se quedó dormida, no olvidándose como todas las noches, de pedirle sus muñecos predilectos Carlitos y Pierrot, y, uno a cada lado, ella como reina y como madre de los "pobrecitos", como cariñosamente los llamaba, los tapó solícita.

La luz de una estrella se veía por la ventana, a través del cristal casi empañado por la nieve que suave resbalaba.

En el anaquel del cuarto de juguetes quedaban Pierrot y Arlequín, y entre ambos la pobre Porota, que era la prima de Maribel, según lo expresaba la "madre", la linda nena de ojos azules y bucles de oro.

A los pocos momentos de dormirse, el alma de la mamita se la comunicó a su "hija", pues como una madre amantísima, temblorosa la apretaba contra su pecho, para darle calor y, entre despierta y dormida, besó las manitos de la muñequita y la estrechó aún más contra su corazón, que dividía sus latidos entre la alegría y la angustia. El pobre Arlequín, sufría en silencio su dolor, en el estante, donde lo habían dejado sin poder moverse de allí.



Esa noche de frío y de nieve, Maribel y Arlequín, Carlitos, Pierrot y Porota, salían por la ventana, que había abierto una ráfaga de viento helado, pues la niñera, descuidada, la dejó a medio cerrar. Sus cuerpos eran etéreos, y así, más que caminando, parecían como que volaban por los campos blancos de nieve, que caía en grandes copos, hasta diluirse en una capa finísima.

—¿A dónde vamos? — dijo Pierrot.

—Yo quiero ir al baile de los lanceros del Rey — contestó Porota.

—Yo al país de las Hadas — replicó Maribel.

—Yo quiero ir al Reinado de las Siete Maravillas — exclamó casi en seguida Carlitos.

Después de grandes discusiones, resolvieron ir todos al país de las Hadas.

Caminaron varias horas, entre la nieve espesa de los caminos, cuando, de repente, todos se pararon, y al mirar el rostro descompuesto de Maribel, comprendieron que algo grave le pasaba. Sus piececitos, que bien podrían encerrarse en el cáliz de una rosa, se habían helado de resultas del intenso frío y del contacto de la nieve. En el acto se pusieron todos alrededor, y con el aliento cálido de sus diminutas boquitas, empezaron a

calentarle sus rosados piecitos, hasta conseguir que entraran en calor.

Después de este pequeño contratiempo, siguieron todos hacia el país de las Hadas.



Grandes resplandores despedían las ventanas del castillo del Príncipe Azul.

Nuestros héroes seguían caminando por el bosque cubierto de nieve, y ya casi estaban por llegar al final de la jornada: el país de las Hadas. Este hermoso país, era gobernado por el Príncipe Azul, muy querido por todos sus súbditos. Llegaban, pues, en un momento culminante de su historia: el casamiento del Príncipe Azul con la bellísima princesa Clavelina. Al compás de la orquesta danzaban las parejas. Los violines gemían un dulce y melodioso vals vienés. A través de los cristales de las ventanas del castillo, se asomaron nuestros curiosos caminantes, y comprendieron la animación que reinaba en la regia fiesta.

Como nuestros héroes querían entrar, y para ello se necesitaban las invitaciones de rigor, que en número muy limitado, sólo se enviaron a personajes muy allegados a la

Corte, invocaron todos a la buena hada Blanca Nieve, la que en el acto se les apareció, y accediendo a sus pedidos, los alabarderos del Príncipe, los hicieron pasar a un salón todo de cristal, con grandes espejos y muebles de oro. Casi en seguida, unas bellísimas jóvenes, los hicieron descalzar y les colocaron lindos zapatitos de raso, en colores, de acuerdo a los vestidos que también les facilitaron. Por un arco, corriendo una cortina de Persia, aparece, sonriente y dichosa, con sus bubbles de oro y su belleza sin igual, la hermana de la princesa Clavelina: la princesa Rosaura.

—Pasen ustedes — dijo amable y contenta la bella princesa, y así lo hicieron nuestros invitados.

Mientras tanto, afuera se extendía el blanco sudario de la nieve, entre las sombras de la noche.

La princesa Clavelina, inmaculada aparición, revestida de una nube de finísimo tul con su vestido plateado y corona de brillantes, es la más perfecta realización del sueño popular: una princesita rubia, de ojos azules, alta, hermosa, de poético semblante, de dulcísimo mirar, de graciosa sonrisa plena de luz.

A su lado, ocho compañeras: las damas de honor.

El Príncipe Azul, lucía el vistoso uniforme de Marina, cuajado el pecho de condecoraciones.

Para satisfacer la legítima curiosidad de nuestros visitantes, la princesa Rosaura les acompañó a donde lucían los regalos.

En la vitrina de las joyas, un magnífico juego de zafiros y brillantes, un brazalete de brillantes y rubíes, una diadema de esmeraldas con pendientes que hacen juego, y un regio collar de perlas, eran los regalos del novio real.

Figuraban entre los regalos al novio, cigarreras, relojes y gemelos de platino y brillantes, y cientos de otros obsequios más, de todos los gustos y tamaños.

El pastel de boda medía casi un metro de alto, colocado sobre una mesa frente a un muro de cristales; la bella princesa con su gracia acostumbrada, lo repartía a la concurrencia.

La fiesta continuaba en todo su esplendor. Los bailarines danzaban frenéticos al compás de la orquesta, y la alegría era inmensa.

Se sentía un murmullo que venía del exterior; así que los novios tuvieron que salir,

agradeciendo el homenaje tributado a sus augustas personas. Nuestros héroes, sentíanse felices al encontrarse en el ambiente esplendoroso de la corte, que según dices de algunos concurrentes, no se veía igual desde hacía mucho tiempo.

Cuando los príncipes entraron, cubiertos por la nieve, una salva estruendosa de aplausos los saludaron. La bella princesita rubia, cubierta por el armiño de la nieve, parecía una verdadera heroína de un cuento de hadas.

Pierrot danzaba con Maribel, y Arlequín con Porota.

Todos se sentían atraídos a la alegría sana que eleva los corazones.

De pronto la orquesta terminó un delicioso vals, y la concurrencia calló para escuchar la palabra del Príncipe Azul.

Dijo con cuánto fervor amaba a su querido pueblo, y al entrar en el nuevo estado se propondría mejorar la suerte de sus súbditos.

Todos aplaudieron sus hermosas palabras, y entonaron una canción sublime, de despedida a la fiesta y al príncipe.

Cuando nuestros héroes, ya cambiados sus vestidos, salieron del palacio del Príncipe Azul, tomaron por el bosque, para regresar

a la casa de donde salieron hacía tanto tiempo, pues temían que la mamá de Maribel notara la ausencia.

A poco de andar, por entre la nieve, ya internados en el bosque, comenzaron a divisar una casita, perdida entre la selva. Era una cabaña toda de madera, y en su interior oscilaba una luz, que se notaba entre las primeras luces del amanecer.

Entran todos a la humilde mansión, y encuentran a una viejecita tirada en una cama; un débil quejido salía de su boca adornada con un diente chico flojo, por toda dentadura.

Entonces Maribel le da de beber, mientras Carlitos le pone un porroncito de agua caliente a los pies. Con todos estos solícitos cuidados, la viejecita reaccionó de su malestar, y agradecida les habló de esta manera:

—Ya que habéis sido tan buenos conmigo, les recompensaré en seguida regalándoles los más hermosos juguetes que ojos humanos vieron.

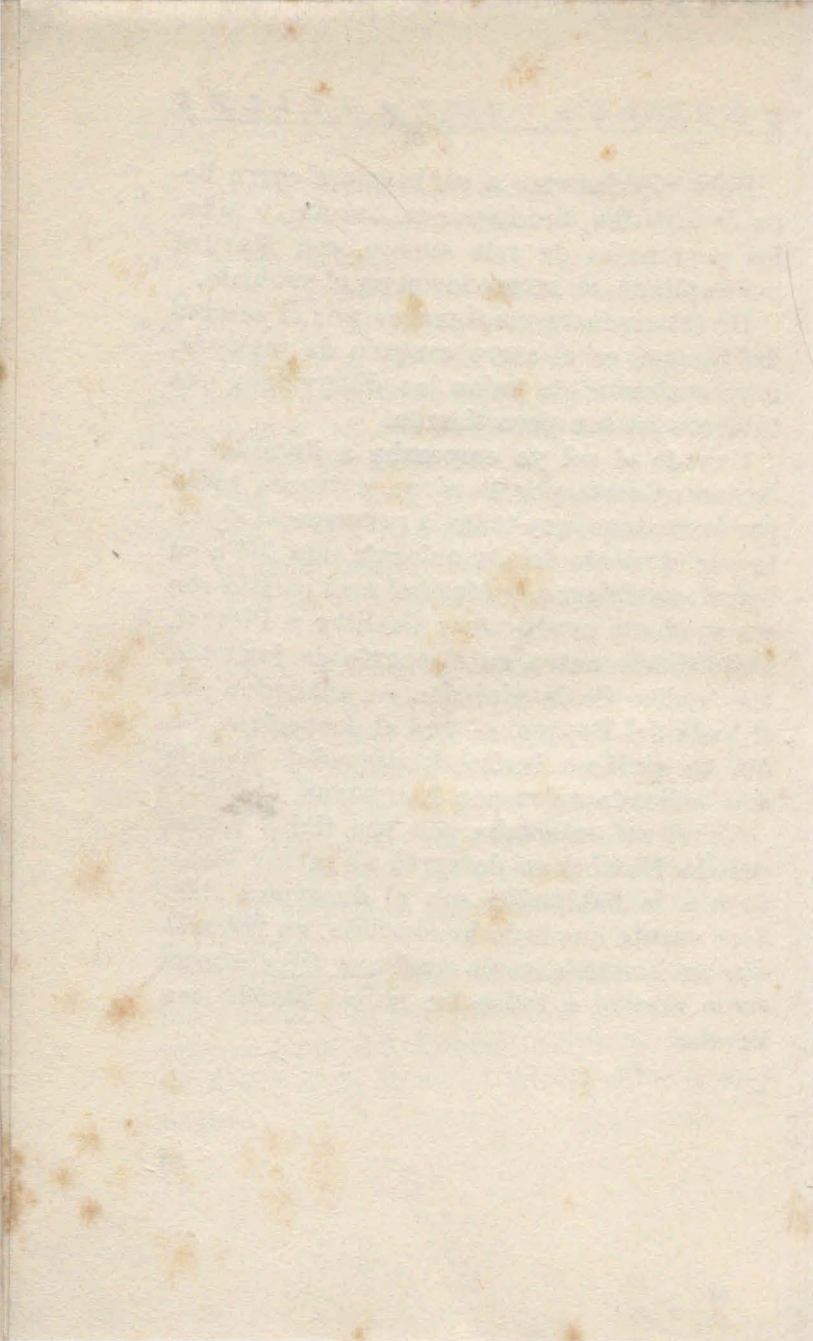
Efectivamente, casi en seguida esa vieja fea y magra, se transformó en la bella y luminosa hada del Bosque, preciosa criatura de diez y siete años, de cabello rubio y ojos azules.

Sube rápidamente a un hermoso carro lleno de juguetes, tirado por un burrito, y todos los personajes de este cuento, con Maribel por capitana, se acomodaron en el vehículo.

De esta manera continuaron por el camino del bosque, en el carro cargado de juguetes, muy contentos de todas las diversiones que tuvieron en tan poco tiempo.

Cuando el sol ya empezaba a iluminar el campo cubierto por la nieve, entraron todos por la ventana, que todavía permanecía abierta por el viento frío, y así cada uno fué a su lugar que dejaran, y Maribel a su camita con sus muñecos predilectos: Carlitos y Pierrot, acomodando antes, en el cuarto de juguetes, los regalos de la viejecita — ayudados por el hada del Bosque, — que al despedirse, les dió un cariñoso besito de despedida a cada uno, saliendo veloz por la ventana.

Ya el sol calentaba con sus tibios rayos, cuando Maribel se despertó al entrar la niñera a la habitación con el desayuno, dándose cuenta que todo lo sucedido, no fué más que un hermoso sueño azul que Dios otorga como premio a todos los niños, cuando son buenos.



LA MUÑEQUITA RUBIA



Estudiad el corazón de un niño, y aprenderéis a ser buenos.

Elsita, era la niña más encantadora del mundo. De ojos negros y grandes, y cabellos suaves y ensortijados, su dulce mirar reflejaba la bondad exquisita de su alma.

Su mamita, la adoraba por su bondad más que por su belleza pues han de saber mis lectorcitos que ésta es una cualidad más apreciada que la belleza.

Tenía una hermosa muñequita de ojos azules y rubia como los trigales maduros en un día de sol.

Cuando alguna vez en su cuarto, solita por algún castigo impuesto por su mamita, tomaba en sus tiernas manos a su querida muñequita, su confidente de penas y tristezas,

más de una vez sus lágrimas se perdían entre sus cabellos.

Elsita, hija única, no supo nunca la alegría de tener un hermanito. Por eso su muñequita sabía de las cuitas de su tierno corazón.

* * *

Elsita, tenía mucha fiebre esa noche de invierno, fría y lluviosa, del mes de julio.

La mamita, corría de un lado para el otro mientras el médico no se apartaba de la cabecera de la cama. Su estado era muy grave.

—¿Usted cree que se salvará, doctor? — le interrogó ella, con una ansiedad rayana casi en la locura.

—Depende, señora, del efecto del remedio que le acabo de aplicar.

Los días pasaron lentos, y Elsita entre la vida y la muerte, no se sabía si su alma dejaba la prisión corporal para volar al cielo.

¡Oh, cómo sufría su tierna madrecita!...

A pesar de todo, resistía la dura prueba a que Dios la sometía. Ella siempre tenía un rayo de esperanza para su salvación.

* * *

A los pocos días, el médico la encontró mejor, pero aún existía el peligro.

—¡Mamita! — decía en su delirio, y extendía sus bracitos en el vacío, sin encontrar los de su madre adorada.

Cuando la enfermedad era más grave, la muñequita era su único consuelo. La estrechaba contra su corazón, y así día a día fué mejorando.

Un hermoso día de sol llegó con la alegría, la buena noticia que Elsita estaba fuera de peligro, según lo dijo el médico a su buena madrecita. Han de saber mis lectorcitos, que sus ruegos habían llegado al cielo.



Blanquito un pierrot de cara enharinada, sufría en silencio, pues Elsita lo había olvidado durante su grave enfermedad. La muñequita rubia de ojos azules, llenaba su corazón. ¡Pobre Blanquito! Sufría, pero siempre amaba a su reinecita.

Al día siguiente salieron de paseo, Elsita con su mamita, su muñequita rubia y Blanquito. En la plaza cercana, unos muchachos mal educados se burlaban de una pobre cie-

ga, acompañada de una niña, hija suya, que tocaba el organillo.

Los niños le arrebatan el organillo, y bailan al son de la música.

—¡Mamá, llora esta mujer!... ¿Los ciegos también lloran?... — le preguntó Elsita a su mamita.

—Sí, hija mía, lloran también cuando son malos con ellos.

—¡Pobrecita!... ¿Por qué son tan malos?...

Elsita no podía sufrir tanta injusticia. Corre rápidamente y le toma la mano a la cieguita, y recrimina la acción de los malos muchachos.

Cuando la madre llegó a su lado, ya los muchachos huían, dejando en su disparada el organillo, maltrecho, por el suelo.

¡Esas gotas de rocío llegaron al alma de la cieguita!...

Aquella cieguita fué su amiga predilecta, durante la convalecencia, cuando todas las tardes la mamita la llevaba a la plaza para respirar el aire puro y embalsamado de las plantas.

Una tarde luminosa y tibia del mes de septiembre, a tiempo que el sol perdíase en el horizonte, Elsita, llevando en brazos a Blaquito, se acercó a la hija de la cieguita.

—¿Te gusta la muñequita? — le preguntó.

—Sí, mucho — le respondió ésta.

Entonces Elsita, dándole un beso, le entregó aquel pedazo de su corazón. La hija de la cieguita lloraba emocionada.

Aunque esa muñequita rubia, era parte de su alma, Elsita no titubeó en obsequiársela, desprendiéndose en un acto noble de ese afán egoísta de querer poseerlo todo.

Cuando un niño pobre recibe un obsequio, su alma se estremece, y Dios en las alturas sonríe satisfecho. La semilla del bien no cayó en el vacío.

—Dime, Luisita — que así se llamaba la hija de la cieguita; le interroga Elsita, — ¿eres feliz?...

—Sí, señorita — le respondió, — pues amo mucho a mi mamita. No la abandonaré nunca.

—¿Y no tienes amigas? — prosigue dulcemente Elsita.

—No, señorita, no tengo ninguna amiga.

—Pues desde hoy tendrás una que no te abandonará jamás, — y diciendo esto, siguió caminando entre la fronda.

• • •

Elsita, consiguió de su madrecita buena y solícita, de llevar a un célebre especialista para que la examinara, a la madre de Luisita, con el objeto de devolverle la vista, si ello fuera posible.

Cuando el médico la examinó, le dijo a la madre de Elsita, que se podría intentar hacer una operación, aunque no había que ilusionarse mucho del resultado.

Un designio grande veló por la cieguita; recuperó la vista justo a los veinte días de la operación, como dijo el médico, en el caso de tener éxito.

Cuando empezó a ver los objetos en sus formas naturales, a la luz, no al tacto, como hasta entonces lo hiciera, su alegría no tuvo límites.

Al mirar el rostro de Luisita, no pudo menos que exclamar:

—¡Eres hermosa, hija mía!... ¡Ven a mis brazos!...



Los días se deslizaron felices para todos. Cada vez más contenta la madre de Luisita. El médico confirmó su pronóstico, pues la córnea transparente, permitía dejar pasar la

luz, y el ojo efectuaba la visión más perfecta.

En el cuarto de juguetes, Elsitita y Luisita jugaban entretenidas con sus muñecas predilectas, mientras el sol inundaba de luz la habitación, con alegría inmensa.

Luisita, siempre guardó solícita el recuerdo de su muñequita rubia, que fué motivo para que su mamita recuperara la vista, siendo feliz.

F I N

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

I N D I C E



	<u>Pág.</u>
Prólogo	11
La reina Crisantemo	15
Maribel	25
La muñequita rubia	37



ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL TOR EL DIA
12 DEL MES DE MARZO
DEL AÑO MIL NOVECIE-
NTO TREINTA Y NUEVE



